

phase

**PUNTOS
DE
VISTA**

EL LECCIONARIO BIBLICO BIENAL DE LA LITURGIA DE LAS HORAS

por Pedro Farnés

¿UN PROYECTO ABORTADO?

En 1981 se han cumplido ya los diez años del anuncio de un Leccionario bíblico bienal para la Liturgia de las Horas. En efecto, es de un tal Leccionario bienal del que se habla —y no como simple proyecto sino como realidad dispuesta ya para el uso— en la «Institutio» de la Liturgia de las Horas que encabeza el nuevo libro del Oficio Divino promulgado por Pablo VI el 2 de febrero de 1971. Basta leer los apartados 143-152 del citado documento para convencerse de que en ellos hay referencia no a un proyecto en abstracto sino a un plan totalmente realizado y aprobado pues se describe en detalle que libros van a leerse en cada uno de los ciclos de los dos años y se dan las razones que justifican la distribución de perícopes en cada uno de los tiempos litúrgicos. Pero, a pesar de tan solemne promulgación papal y sin que obste el largo espacio de los diez años transcurridos, lo cierto es que el mentado Leccionario no se ha publicado aún por lo menos en su edición típica latina.

Una tan larga tardanza no puede dejar de ser preocupante. Sobre todo si se tiene presente que en nuestro caso se trata no de un simple detalle «perfeccionista» sino de una faceta sustancial de la reforma li-

túrgica; en efecto, la repetición sistemática de sólo la mitad de la Biblia durante diez años consecutivos y según un plan no demasiado trabajado¹ y, en consecuencia, no tan apto para la vida espiritual como podría esperarse, llega a ser un problema sustancial para la vida litúrgica. Además el hecho de que, en más de una ocasión, proyectos bastante maduros hayan finalmente abortado hace temer que también el Leccionario bienal caiga finalmente en el olvido². Por otra parte, en nuestro caso, hay algo peor que el simple olvido de una promulgación más «solemne» en latín³: aquí y allá y en más de una ocasión, han circulado «rumores» —algunos, según parece, salidos de fuentes que podrían estar bien informadas— según las cuales el actual Leccionario bienal, concienzudamente preparado, como veremos más abajo, y detalladamente descrito en la «Institutio», podría ser finalmente sustituido por otro esquema de distribución de lecturas, quizá más fácilón, pero de un valor innegablemente inferior. Precisamente ante estos «rumores» —y porque se trata sólo de «rumores» que en todo caso aún podrían subsanarse— hemos creído hacer un servicio tanto a la pastoral litúrgica como incluso a los mismos responsables que deben determinar los mejores modos y maneras para que los fieles adquieran aquel «amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura» de que habla la Constitución de Liturgia⁴, si en PHASE ofrecemos una ayuda para reflexionar sobre esta importante cuestión. Es, pues, con este espíritu con el que brindamos aquí nuestras reflexiones.

EL LECCIONARIO BIENAL DEL OFICIO NO ES UN SIMPLE PROYECTO

Es muy posible que quienes sólo conocen la edición latina de la Liturgia de las Horas —o sólo determinadas ediciones en lengua ver-

1 El Leccionario bienal fue preparado en largas sesiones de estudio y a través de numerosas consultas durante 7 años; el anual, en cambio, fue improvisado a última hora, sin consultas ni trabajos previos (Cf. P. FARNÉS: *Algunos aspectos de la nueva Liturgia de las Horas*, Phase XVI (1976) pp. 195-198).

2 En este contexto podría recordarse la reforma de los ritos del ofertorio decretada en el Tridentino que no se llevó a término hasta el Vaticano II o los trabajos muy adelantados ya del nuevo Martirologio, del Ceremonial de obispos y del Prontuario para las conferencias Episcopales y Comisiones diocesanas de Liturgia que parecen haber caído en el olvido.

3 Decimos «promulgación más solemne» porque, de hecho, el Leccionario bienal ha sido ya suficientemente promulgado como veremos después.

4 Cf. Sacrosanctum Concilium n. 24.

nácula ⁵— y, por otra parte, no han leído con detención la «Institutio» que encabeza el actual libro del Oficio, lleguen a creer que el único Leccionario que realmente existe para la Liturgia de las Horas es el que figura en las ediciones que conocen, es decir, el anual, que repite sólo la mitad de la Biblia en el curso de un único año. A lo sumo habrán oído quizá que existe el «proyecto» de un futuro Leccionario bienal, pero que, en todo caso, se trata únicamente de un «proyecto».

Clarificar esta cuestión es el primer paso necesario para entrar en nuestro tema. Y lo primero que se impone es la afirmación de que el Leccionario bienal es, desde hace años, una realidad que está a la mano de quien desee servirse de ella ⁶. Es verdad que el Leccionario bienal del Oficio no se ha publicado aún en edición típica latina. Pero ello no obsta para que pueda decirse que está debida y suficientemente promulgada incluso desde un punto de vista jurídico. Si la edición latina no ha visto aún la luz creemos que ello es debido a razones extrínsecas cuya historia sería largo explicar. Tampoco han aparecido aún en edición típica latina las tres series de antifonas dominicales para los cánticos evangélicos (que corresponden a los tres Leccionarios dominicales de la misa según los ciclos A, B y C) y, no obstante, estas antifonas han sido confirmadas como «típicas» en varias ediciones de la Liturgia de las Horas presentadas por diversos episcopados ⁷.

Veamos hasta donde llega la «realidad» del Leccionario bienal. El primer argumento —el más contundente— que prueba que este Leccionario es una realidad ya adquirida lo tenemos en el hecho, que hemos aludido más arriba, de que la «Institutio» lo describe con tal cantidad de pormenores que para pensar en una distribución distinta de lecturas sería necesaria una derogación explícita de gran parte de este documento. Lo que, evidentemente, cabría sin esta derogación es un retoque o mejora de algunos detalles —como el que se acaba de realizar para el Leccionario de la misa ⁸—; pero no la promulgación de un nuevo orden de lecturas.

Para recalcar el matiz «definitivo» que tienen las asignaciones de cada una de las lecturas del ciclo bienal según la mente de la «Institutio» no es superfluo recordar que no se limita a determinar qué lec-

5 V. gr., la española, la catalana o la italiana.

6 Véase la descripción detallada de este leccionario en *Notitiae XII* (1976) pp. 239-248; 324-333; 378-388. También se contiene este Leccionario en: *Leccionario Bíblico Bienal: referencias bíblicas y responsorios*, editado por el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona.

7 Por ejemplo en la edición típica italiana, española, latino-americana, catalana.

8 Cf. *Ordo Lectionum Missae*, editio altera. Typis Polyglottis Vaticanis 1981.

turas corresponden a cada tiempo sino qué razona, a veces de manera explícita, otras implícitamente, el porque de cada una de las asignaciones concretas. (Por ejemplo: si a las primeras semanas del Tiempo Ordinario de los años pares se les asigna el Génesis es porque en estos mismos años la lectura cuaresmal está consagrada a la historia de la salida de Egipto que es su continuación; leer el Génesis en otro contexto sería, evidentemente mucho menos sugestivo e interesante. Si los profetas se leen, parte en los años pares, parte en los impares es porque se insertan entre los libros históricos que narran los avatares de la historia en que estos profetas vivieron y enseñaron; y esta historia se lee en su desarrollo cronológico, correspondiendo, por ello, los profetas de antes y durante el exilio a los años impares y los de después del exilio a los años pares). Estas motivaciones del porque de la asignación de cada libro en su época correspondiente abundan en la «Institutio» —aquí hemos aducido sólo unos ejemplos— y evidencian hasta qué punto la distribución de lecturas fue trabajada por el «Coetus» IV que preparó la actual distribución; por otra parte, si se comparan las explicaciones de la «Institutio» con las reseñas que resumen los trabajos y consultas del referido «Coetus», no puede dejar de admirarse hasta qué punto fueron tomadas en consideración las sugerencias de los obispos y peritos consultados⁹.

Pasemos ahora a un segundo argumento: seis años después de la promulgación del Leccionario bienal «in genere», a través de su descripción en la «Institutio», la Consagración del Culto Divino da a conocer en detalle la distribución concreta de las lecturas que corresponden a cada uno de los días del ciclo bienal¹⁰, recomendando, por si ello fuera poco, que este Leccionario que ahora se publica en citas se prefiere al que aparece impreso en los volúmenes latinos de Liturgia de las Horas porque en este último el mensaje bíblico resulta «demasiado abreviado y apenas suficiente» («*cyclus unius anni collectio rapida atque vix sufficiens videtur*»)¹¹. Es cierto que este elenco de citas, aparecido en una revista —«Notitiae»— que no pasa de ser órgano «oficioso» de la Congregación, no constituye por sí sólo una promulgación jurídica válida; pero si se tiene presente que dicho elenco responde *exactamente* a la descripción —esta sí «oficial» a todas luces— que del

9 A este respecto resulta interesante comparar los «vota» de los obispos del «Consilium» y del Sínodo de los Obispos de 1967 o las sugerencias de los peritos con las determinaciones concretas que hace la «Institutio». Con esta comparación se evidencia hasta qué punto el Leccionario bienal es obra común y madura de muchas persona.

10 Cf. nota 6.

11 Cf. Notitiae XII (1976) p. 238.

Leccionario hace la «Institutio», el valor, incluso jurídico, de la lista de citas cobra un relieve muy diverso.

Un nuevo argumento que prueba —por lo menos «de facto»— la validez de la promulgación a que nos referimos lo tenemos en las repetidas veces que la Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino lo ha confirmado, sea «in extenso»¹², sea a base únicamente de las referencias bíblicas publicadas en diversas ediciones «típicas»¹³. En todos estos hechos tenemos, pues, una constante afirmación del Leccionario como realidad absoluta; en ningún lugar se indica ni se sugiere que tal distribución sea —como lo fueron, por ejemplo, algunos leccionarios para la misa en los primeros tiempos de la reforma— una simple distribución «ad interim» hasta que se publicara la definitiva.

EL LECCIONARIO BIENAL EN LA VIDA DE LA LITURGIA DE LAS COMUNIDADES

De los argumentos estrictamente jurídicos puede pasarse al hecho de que nuestro leccionario, pese a que su promulgación no ha sido excesivamente difundida, no obstante, ha arraigado ya en el pueblo cristiano a través de diversos conductos. Este es otro punto de suma importancia: si ahora apareciera una nueva distribución de lecturas, ésta no haría sino sembrar gran desconcierto pastoral. Si ya fue lástima —ésta es por lo menos nuestra opinión¹⁴— que, junto al ciclo bienal y en concurrencia con el mismo, precipitadamente y sin previos estudios ni consultas¹⁵, se promulgara un orden de lecturas para sólo un año, la publicación de un segundo plan bienal, a base de principios distintos —y seguramente mucho menos maduros¹⁶— no haría sino agravar la situación dificultando una lectura de la Biblia común a toda la Iglesia.

Hasta qué punto la distribución actual de lecturas se ha divulgado

12 «In extenso» se ha aprobado para la edición típica del episcopado alemán (Prot CD 1023-1031/78); para la «Unione monástica italiana per la Liturgia» (Prot CD 288/77) y para la edición latino-americana (Prot. CD 813/79; 384/80; 1506/80; 363/81).

13 V. gr., en la liturgia de las Horas de los países de lengua francesa (Prot. CD 846/79).

14 También se duele de la publicación del Leccionario anual Langeling que fue el «relator» de todos los trabajos del Oficio en el seno de la Congregación de los Sacramentos y del Culto Divino (Cf. *Liturgie delle ore*, edit. Elle Di/Ci, Torino, pp. 203-204) y los autores de la obra *Il Dialogo che ci salva*, Marietti, 1970, vol. I, p. 89.

15 Cf. Nota 1.

16 Resulta muy significativo que a partir de 1970 en «Notitiae» no se publique ya ningún trabajo en relación con el Leccionario. Ello es un signo

puede comprobarse fácilmente. Además del hecho ya citado de las ediciones alemana y latino-americana que presentan nuestro Leccionario bienal como única posibilidad (es decir, sin aludir al ciclo anual), y de la edición para el conjunto de los países de habla francesa (Francia, Bélgica, Canadá, naciones de Africa, etc.), tenemos también otros hechos que dan a la distribución actual gran resonancia litúrgico-espiritual. Es el caso del *Thesaurus Liturgiae Horarum Monasticae* (Romae, 1967), en el que para I Vísperas de cada uno de los domingos se ha seleccionado una antífona, buscándola casi siempre en el antiguo fondo gregoriano, en la que, la más de las veces, se sintetiza el conjunto de lecturas bíblicas proclamadas en el Leccionario bienal en la semana precedente. Si ahora se proyecta una nueva distribución o bien habrá que rehacer el antifonario monástico, o bien dichas antífonas dominicales pasarán a ser textos sin demasiado sentido en el conjunto del Oficio. En el plano pastoral se han divulgado también diversos instrumentos que han ido convirtiendo la rica distribución de lecturas de nuestro Leccionario en la temática quizá más frecuente de la oración personal de sacerdotes y monjes contemplativos¹⁷. Hace algún tiempo ya decía Wiener¹⁸ que este Leccionario bienal era «el más rico de los leccionarios, el que contiene el máximo de riquezas, el que apenas olvida nada del mensaje de la Escritura» todo ello porque los libros bíblicos aparecen en el mismo ensamblados a manera de «edificio muy bien construido, lentamente elaborado y madurado a lo largo de muchos años»¹⁹. Posteriormente en diversos lugares han aparecido otros instru-

inequívoco de que la reflexión sobre el Leccionario se ha dado por totalmente terminada. Si, por tanto, ahora apareciera una nueva distribución de lecturas habría que decir que sería obra o de una persona o de un pequeño grupo que trabajó sin consultar; ello sería especialmente lamentable porque significaría un evidente olvido de los «vota» de los Obispos y de las largas consultas a los peritos. Porque si bien es verdad que al trabajo realizado durante años se pueden añadir pequeños retoques que lo perfeccionen, proyectar, en cambio, una obra radicalmente nueva no parece aceptable tanto por lo que representa de olvido del trabajo realizado durante años con competencia como, sobre todo, porque el resultado de un trabajo rápido y sin consultas sería muy probablemente inferior al que hoy tenemos en nuestras manos.

17 En gran número de Monasterios contemplativos de España y América Latina las lecturas del ciclo bienal constituyen la base de la oración personal. Este sistema se ha tomado sobre todo porque el leccionario bienal es el que da con mayor orden y pedagogía el conjunto de toda la Escritura. Además para esta oración personal se dispone de buenos instrumentos como los que se citan más abajo.

18 *Le lectionnaire biblique de l'office* (Cf. La Maison Dieu, 105 (1971) pp. 103-116).

19 Wiener o.c., p. 107.

mentos que son ayuda a la oración personal a base de esta equilibrada distribución: entre ellos podría citarse la obra catalana —en curso de versión al castellano— *La Biblia día a día*²⁰, los *Comentarios al Leccionario bíblico bienal*, repetidamente editados por el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona, los dietarios litúrgicos de las diócesis de la región parisiense y de las diócesis catalanas, etc.

¿CABE ESPERAR UN NUEVO LECCIONARIO BIENAL QUE MEJORE EL DESCRITO EN LA «INSTITUTIO»?

El Leccionario bienal ha sido promulgado, como hemos visto, si no de una manera muy explícita, sí por lo menos, de un modo suficiente; por otra parte también hemos comprobado cómo progresivamente se ha ido incorporando a la vida de las comunidades hasta tal punto que hoy más de la mitad de la Iglesia lo tiene asumido en sus ediciones típicas o incluso lo usa de manera necesaria y habitual²¹. Nadie negará que estas dos realidades tienen un gran peso ante el eventual proyecto de la promulgación de un nuevo «*Ordo lectionum*» distinto al actual. Pero junto a estos dos hechos innegables se dan otras dos realidades, innegables también como las primeras, que conviene sopesar: el hecho de que la divulgación del Leccionario actual tiene aún mucho que desear —en amplios sectores de la Iglesia se desconoce aún totalmente²²— debido, sobre todo, a que no se ha publicado la edición latina; y el principio —sin duda mucho más importante— de que por muy oficial que sea la promulgación y por mucho que haya arraigado el uso del Leccionario en las comunidades, siempre cabe —y es deseable— una mejor distribución de lecturas en vistas a una más fácil y más intensa vivencia espiritual del mensaje bíblico. Lo que sí excluiría evidentemente el más elemental sentido común sería la promulgación de un nuevo Leccionario que bajo, el pretexto que fuera, resultara objetivamente inferior al que hoy tenemos promulgado.

Ante este complejo estado de la cuestión en el que parece, pues, haber serios argumentos en pro y en contra de un posible «*Ordo lectionum*» distinto al actual cabe hacerse algunas preguntas: ¿Puede esperarse otra distribución mejor de lecturas para el Oficio que la que ofrece el actual Leccionario bienal? Para responder veremos con que

20 Associació bíblica de Catalunya, Barcelona 1980.

21 Tanto la edición alemana como la latino-americana proponen *exclusivamente* el Leccionario bienal, sin recurso posible al anual.

22 El Leccionario bienal se desconoce, de hecho, en Italia. En España lo usan casi la totalidad de comunidades contemplativas pero lo desconocen, en general, los que rezan fuera del coro.

criterios y con que trabajos se preparó el actual Leccionario; ello nos hará ver hasta qué punto y bajo qué condiciones de tiempo y de competencia podría pensarse en una nueva distribución. La segunda pregunta sería: La actual distribución de perícopes, ¿es una simple distribución material de los libros y capítulos de la Biblia para que nada quede relegado o bien se trata de un plan más cuidado en vistas a una pedagogía y vivencia del mensaje bíblico que vale la pena respetar a no ser que se obtenga otro plan mejor bajo estos aspectos? A ello responderemos subrayando algunas de las líneas que describe la propia «Institutio» para valorar el porque de la distribución concreta por la que se ha optado. Una tercera cuestión será la de valorar los posibles inconvenientes del Leccionario bienal con relación al Leccionario patrístico y aquí nos preguntaremos hasta qué punto las lecturas bíblicas deben o pueden concordar con las patrísticas.

EL LECCIONARIO BIENAL FRUTO DE UN LARGO TRABAJO REALIZADO CON LA MAYOR COMPETENCIA

Es innegable que el resultado de los trabajos de preparación del Leccionario —como todo trabajo humano— puede mejorarse. Pero también lo es que no cabe pensar en un nuevo Leccionario sin analizar antes el valor del actual, los criterios que animaron su preparación y los trabajos, que en todo caso, serían necesarios para mejorar lo que hoy está en nuestras manos. Sólo si se prevé un real mejoramiento cabe pensar en la sustitución del Leccionario que hoy tenemos. Empecemos diciendo a este respecto que una simple mirada retrospectiva a los trabajos realizados resulta ya impresionante hasta tal punto que para mejorarlo tendrían que pensarse en largos años de trabajos y de consultas. En primer lugar resalta el largo tiempo empleado: siete largos años de trabajo en los que intervienen eruditos del más alto prestigio intelectual. El simple repaso de los resúmenes de las sesiones plenarias del «Consilium», de las reuniones de estudio del «Coetus» V, encargado de proyectar las líneas de este Leccionario y de las consultas a los obispos, estudiosos e incluso fieles, tal como se describen en la Revista «Notitiae» de la Congregación de los Sacramentos y del Culto Divino son elocuentes a este respecto. Estas Sesiones empiezan en 1964 y terminan en 1970, exactamente un año antes de que la «Institutio» consagrara definitivamente los trabajos realizados. Las Sesiones plenarias que, bajo algunos de sus aspectos por lo menos, tratan del Leccionario, son: la V (1965); la VII (1966); la VIII (1967); la IX (1967); la X (1968); la XI (1968) y la XIII (1970). Entre ellas son especialmente importantes la VIII que establece el principio de dividir la Historia de la salva-

ción del Antiguo Testamento en dos años, asignando a uno de ellos el Génesis y los escritos de después del exilio y al otro la etapa que va desde Samuel al destierro (tal como luego lo establece la «Institutio» en el n. 152); la IX en la que se examinan cuidadosamente las propuestas del Sínodo de los Obispos en 1967; la XI en la que se determina mandar un volumen con el proyecto del Leccionario bienal a exégetas, pastores y liturgistas para que hagan sus observaciones y, finalmente, la XIII en la que se anuncia haberse ya mandado la «Institutio» totalmente confeccionada, en la que, por tanto, se describe en detalle el contenido del Leccionario a las Congregaciones romanas que puedan tener un cometido en la misma.

Por lo que respecta a las Sesiones de estudio del «Coetus» V éste se reúne los días: 10-XII-1966; 28-II-1967; 25-V y 19-VI-1967; 11-X y 14-15-XII-1967; 25-26-II-1968; 11-15-VII-1969; 16-18-X-1969; en conjunto, pues, nueve intensas sesiones consagradas únicamente a la problemática de la distribución de las lecturas bíblicas. Entre estas reuniones de estudio merecen destacarse por su contenido las tenidas los días 11-15 de junio de 1969²³, en las que se examinan con todo detalle los «vota» significados por los obispos del Consilium en las diversas reuniones de este organismo y los presentados en el Sínodo de los obispos de 1967. En particular se recuerda que los obispos han insistido en que las lecturas bíblicas se distribuyan de tal forma que «cada año se lea todo el Nuevo Testamento, parte en la Misa, parte en el Oficio y que también cada año se presente, entre la misa y el oficio, el conjunto de la Historia de la salvación»²⁴. También insisten los obispos en que el Génesis «se lea antes del inicio de la Cuaresma para que así la lectura del Exodo que se hará durante el tiempo cuaresmal se vea como la continuación de lo que se ha leído en las semanas precedentes»²⁵. Nuevamente se vuelve a recordar en que los Padres insistieron en la Sesión VIII que la Historia de la salvación «se leyera durante el tiempo ordinario distribuida en dos grandes bloques de tal forma que en los años impares se leyera desde la historia de los Jueces hasta el

23 El resumen de esta importante reunión puede verse en «Notitiae» V (1969) pp. 85-99. Este mismo resumen, junto con el esquema de lecturas bíblicas, se remite a 700 personas, entre obispos y peritos, en un volumen de más de 350 páginas (Cf. Consilium ad exsequendam constitutionem de Sacra liturgia, *Ordo lectionum biblicarum officii divini*).

24 «Cylus instruetur, ut quotannis totum Novum Testamentum legatur partim in Missa, partim in officio, et conspectus praebeatur totius historiae salutis. Vetus vero Testamentum in praecipuis eius partibus duobus annis legatur.» (Declaratio 5 del Sínodo; Cf. «Notitiae» V [1969] p. 88).

25 «Cum in Quadragesima legatur historia Exodi, assignatur opportuna ante initium Quadragesimae, liber Geneseos» (Acta, a, b; Cf. «Notitiae» V [1969] p. 96).

destierro y en los pares el Génesis y los otros escritos de después del destierro»²⁶. Por el conjunto de estas peticiones se evidencia hasta qué punto la actual distribución de lecturas en el Leccionario bienal no es simplemente un trabajo de los «peritos» sino una determinación de los obispos responsables que, oídos los peritos, piden esta distribución precisamente porque juzgan que es pastoralmente la más oportuna. Por ello, como decíamos más arriba, si bien es posible proyectar una nueva distribución de lecturas, ésta no puede hoy realizarse por simple determinación de unas pocas personas sino que sería necesario una amplia consulta a los Obispos del mundo; lo contrario podría significar un cierto desprecio al episcopado que fue ampliamente consultado y a los trabajos de los que consagraron años y esfuerzo para una mejor distribución de lecturas. Es más: no sólo fueron los peritos y los obispos quienes fueron proyectando la actual distribución tal como aparece descrita en la «Institutio» sino incluso la Iglesia en general. En efecto, en enero de 1969, por deseo explícito del Papa Pablo VI, los proyectos se mandan a todos los obispos del mundo con la petición de que consulten al respecto a sus «Consejos presbiterales» y a otros sacerdotes e incluso fieles más competentes para que manifiesten su parecer al respecto»²⁷. Las respuestas a esta consulta general fueron abundantes y, en general, muy elogiosas. ¿Sería lógico que posteriormente, sin ninguna consulta a los interesados y sin la garantía de numerosas Sesiones de estudio, el plan proyectado con tanto esmero fuera sustituido por otra distribución de lecturas sin ninguna de estas garantías?

ALGUNOS DE LOS VALORES INTERNOS DEL LECCIONARIO BIENAL

Más arriba hemos aludido ya a la pobreza que significa limitarse a leer cada año sólo la mitad de la Biblia mientras la otra mitad queda sistemáticamente olvidada. Con todo este hecho, por grave que sea, no

26 «Libri Veteris Testamenti distribuuntur secundum historiam salutis: Deus seipsum revelat decursu vitae populi qui per gradus successivos ducitur et illuminatur. Ideo prophetae inter libros historicos leguntur in relatione cum tempore in quo vixerunt et docuerunt. Insuper eo modo oracula prophetarum minus narratiunculis referta («anecdótica») legenti apparent». (Acta, 2, 1; «Notitiae» V [1969] p. 97).

«Quapropter in anno I series lectionum Veteris Testamenti (ab hebdomada 9.^a) proponet insimul libros historicos et oracula prophetarum a Iudicibus ad scripta recentissima. In anno II inseruntur post lectionem Geneseos libri sapientialis et narrationes didacticae quae magis aedificationem quam historicam veritatem respiciunt.» (Acta, 2, 1; «Notitiae» V [1969] p. 97).

27 Cf. «Notitiae» V (1969) p. 74.

es el único problema. Si toda la dificultad consistiera en que sólo se lee la mitad de la Escritura, la solución sería fácil: conservar el actual Leccionario anual atribuyéndolo a uno de los dos años y formar un segundo ciclo con los restantes textos bíblicos. Con ello, por una parte, se «aprovecharía» el actual Leccionario impreso (con la consiguiente economía editorial) y, por otra, se «recuperarían» íntegramente los textos no incluidos en el Leccionario anual. Esta solución, con todo, que parece fácil, tendría muy graves inconvenientes y desde un punto de vista bíblico-litúrgico incluiría una enorme pobreza. En efecto, según este sistema: a) el problema de la lectura bíblica se reduce a una simple lectura material de la Escritura; b) no tiene presente el dinamismo interno de la Biblia (desarrollo progresivo de la Historia de la salvación en el Antiguo Testamento y progreso de la Revelación en el Nuevo); c) olvida el significado litúrgico de algunos libros; e) prescinde tanto de los trabajos de preparación del Leccionario como de las numerosas sugerencias de los Obispos y demás personas consultadas. Ante la imposibilidad de desarrollar cada uno de estos puntos vamos a limitarnos a aludir a solo algunos de los aspectos más sobresalientes que se recalcaron durante el período de preparación del Leccionario y que posteriormente fueron asumidos en la «Institutio»; con esta presentación quedará evidenciado, aunque sea sólo a manera de ejemplo, el gran valor del Leccionario bienal y hasta qué punto resultaría difícil improvisar otra distribución de lecturas de valor parecido.

1) *Leer cada año todos los libros bíblicos*: este principio fue presentado ya como ideal desde los comienzos de los trabajos preparatorios. El Sínodo de 1967 insistió en él y finalmente la «Institutio» lo promulgó de manera definitiva: «el curso bienal está dispuesto de tal forma que *casi todos los libros de la Escritura se leen cada año...* parte en la misa, parte en la Liturgia de las Horas»²⁸. En cuanto a las maneras concretas de hacer esta lectura se han establecido como dos niveles de tal forma que «la lectura de la Escritura en el Oficio complete las lecturas hechas en la misa»²⁹; así, en el Oficio, se lee cada año la mitad de la Biblia de manera moralmente íntegra, dando con ello la posibilidad de profundizar en el Oficio, como estableció el Concilio³⁰, todo el mensaje bíblico; en la misa se lee la otra mitad pero a base de sólo los fragmentos más sobresalientes de cada libro; esta lectura más resumida sirve como recuerdo de lo que el año anterior se leyó íntegramente.

28 Cf. n. 146.

29 Cf. «Institutio» n. 143.

30 Cf. Sac. Conc. n. 92 A.

2) *Presentar la historia de la salvación en tres grandes períodos:* Al referirse a las lecturas del Oficio el Concilio quiso una lectura *fácil*³¹. Para lograrlo el Sínodo de 1967 hace suyo el proyecto de que los libros del Antiguo Testamento se distribuyan en tres bloques cronológicos: el primero desde los orígenes hasta la llegada a Egipto; el segundo desde los Jueces hasta el exilio (el Exodo se deja para la Cuaresma); el tercero con los tiempos postexílicos. La Sesión VIII del Consilium presentó el esquema ya realizado según este criterio y la «Institutio» lo refrendó definitivamente asignando al año I del período más largo (Jueces-exilio) y al año II, para antes de Cuaresma, desde los orígenes hasta Josué y para después de Cuaresma los tiempos postexílicos.

3) *Integrar los profetas en el período histórico en que vivieron:* Con este proceder se quiere también dar a las lecturas del Oficio aquella nota de *facilidad* que propuso el Concilio. Trabajados los proyectos y aprobados por el «Consilium» y por el Sínodo de 1967, la «Institutio» incorpora definitivamente este sistema de inclusión de los libros proféticos en el interior de los históricos³². Para el año I se asignan los profetas de antes y durante el exilio; para el II los de después del destierro. A este mismo año II se incorpora también el conjunto de la literatura sapiencial precisamente porque ésta se escribió también en los tiempos postexílicos y consiguientemente leída en el interior de la historia de este tiempo cobra un mayor grado de inteligibilidad.

4) *Presentar las cartas apostólicas en el orden cronológico en que fueron escritas:* este proceder, proyectado en diversas Sesiones de estudio, facilita en gran manera la captación del progreso de la revelación a través del tiempo. El Leccionario establece dos excepciones que fácilmente se justifican: la de reservar algunas cartas especialmente significativas para alguno de los tiempos litúrgicos fuertes (v. gr. Colosenses para Navidad, Hebreos para la última parte de Cuaresma) y distanciar algunos escritos de contenido muy semejante (v. gr. Romanos y Gálatas) que leídos uno a continuación del otro podrían resultar monólogos.

5) *Asignar, en cada uno de los dos años, algunos escritos a determinados tiempos litúrgicos:* Esta norma, como los anteriores principios, fue propuesto desde los primeros trabajos y posteriormente aprobada por el «Consilium» y por el Sínodo de 1976. A través de ella el Lec-

31 Id.

32 Cf. «Institutio» n. 152.

cionario cobra un innegable valor litúrgico. Resulta imposible dar aquí la razón por la que cada uno de los libros se asigna a determinados tiempos, pero la propia «Institutio» ya sugiere lo más importante de dichas motivaciones³³.

¿ES POSIBLE ASUMIR EL ACTUAL LECCIONARIO ANUAL PARA UNO DE LOS DOS AÑOS Y DISPONER UN SEGUNDO CICLO CON LOS TEXTOS SOBRANTES?

Como hemos notado ya más arriba esta solución, a primera vista muy fácil, tendría gravísimas consecuencias: todo quedaría reducido a una simple lectura material que, por una parte, no tendría presente ni el dinamismo interno de la Escritura ni el significado litúrgico de algunos libros bíblicos y, por otra, prescindiría de los largos trabajos y consultas habidas para preparar el Leccionario. Analizar en detalle las deficiencias concretas de un tal proyecto no resulta posible aquí; limitémonos a unos pocos ejemplos:

1) *Contra el principio de que cada año se lean todos los libros bíblicos*³⁴ algunos escritos se leerían dos veces (en la misa y en el oficio), otros, en cambio, no se leerían en todo el ciclo: en efecto, si el Leccionario anual se leyera en los años impares necesariamente se repetirían los siguientes libros: *Ex*: misa sem. 15-17 tiemp. ord.; oficio: Cuaresma; *Lv*: misa: sem. 17 tiemp. ord.; oficio: sem. 4 Cuaresma; *Nm*: misa: sem. 18 tiemp. ord.; oficio: sem. 4 Cuaresma; *Deut*: misa: sem. 18-19 tiemp. ord.; oficio: sem. 2-3 tiemp. ord.; *Jos*: misa: sem. 19, oficio: sem. 10 tiemp. ord.; *Jc*: misa: sem. 20, oficio: sem. 11 tiemp. ord.; *Mac*: misa: sem. 33, oficio: sem. 31 tiemp. ord.; *Sb*: misa: sem. 31, oficio: sem. 30 tiemp. ord.; *Ecclo*: misa: sem. 7-8, oficio: sem. 1 tiemp. ord.; *Dn*: misa: sem. 34, oficio: sem. 32 tiemp. ord.; *Ag*: misa: sem. 25, oficio: sem. 28 tiemp. ord.; *Za*: misa: sem. 25-26, oficio: 28 tiemp. ord.; *Ml*: misa: sem. 25, oficio: sem. 28 tiemp. ord.; *Col*: misa: sem. 22-23 tiemp. ord.; oficio: tiemp. de Navidad; 2 *Cor*: misa: sem. 10-12, oficio: sem. 16-17 tiemp. ord.; 1 *Tes*: misa: sem. 21-22, oficio: sem. 4 tiemp. ord.; 1 *Tim*: misa: sem. 23, oficio: sem. 27 tiemp. ord.; *Hb*: misa: sem. 1-4, oficio: sem. 5-6 tiemp. ord. Adviértase además que algunos de estos libros se leen casi simultáneamente en la misa y en el oficio (v. gr. *Mc*, *Sb*, *Dn*, *Ag*, *Za*). En este año, por otra parte, no se leerían

33 Cf. «Institutio» n. 147-151.

34 Cf. «Institutio» n. 146.

ni en la misa ni en el oficio ninguno de los siguientes libros: Ct, Jd, Na, Ab, 1Co, Ef, Tf, 2Tm, Fp, Sant, Jud. Si el Leccionario anual del oficio se asignara a los años pares se repetirían, en la misa y en el oficio, los siguientes libros: *Sa*: misa: sem. 1-4, oficio: sem. 12-13 tiemp. ord.; *Re*: misa: sem. 4-5 y 10-12, oficio: sem. 14-15 tiemp. ord.; *Jb*: misa: sem. 26, oficio: sem. 8-9 tiemp. ord.; *Qo*: misa: sem. 25, oficio: sem. 7 tiemp. ord.; *Jr*: misa: sem. 16-18, oficio: sem. 21-23 tiemp. ord.; *Lm*: misa: sem. 12, oficio: sem. 23 tiemp. ord.; *Ez*: misa: sem. 19-20, oficio: sem. 24-25 tiemp. ord.; *Os*: misa: sem. 14, oficio: sem. 18-19 tiemp. ord.; *Am*: misa: sem. 13 oficio: sem. 18-19 tiemp. ord.; *Ga*: misa: sem. 27-28, oficio: sem. 5 tiemp. ord.; *Filp*: misa: sem. 30-31, oficio: sem. 26 tiemp. ord.; *IPd*: misa: sem. 8 tiemp. ord.; oficio: sem. pascual; *2Pd*: misa: sem. 9, oficio: sem. 34 tiemp. ord.; *1Jn*: misa: ferias Navidad, oficio: sem. 6-7 Pascual; *Ap*: misa: sem. 33-34 tiemp. ord.; oficio: sem. 2-3 Pascual. Por otra parte, en este año se omitiría por completo la lectura de Gn, Rt, Jd, Est, Ct, Sb, Jo, Ab y Rm. Combinar, por tanto, el Leccionario anual del Oficio con cualquier de los dos ciclos del Leccionario de la misa supone prescindir sistemáticamente de los principios tan largamente discutidos y finalmente promulgados en la «*Institutio*». Las mismas repeticiones y omisiones se darían necesariamente en el ciclo que se compusiera para el segundo año a base de los fragmentos no presentes en el actual Leccionario anual.

2) *Tampoco podría seguirse el principio de dividir la historia santa en periodos como dispone la «Institutio»*³⁵: en efecto, en el Leccionario anual figuran algunos períodos, pero incompletos y ocupando menos semanas que en la distribución bienal; así, por ejemplo, por lo que se refiere a la historia que va desde los Jueces hasta el exilio en el anual se emplean 6 semanas (de la X a la XV) y se termina con Josafat y el ciclo de Elías; en el bienal, en cambio, esta historia dura 9 semanas (de la XI a la XIX) y se extiende hasta la caída de Jerusalén. Además para el futuro ciclo II sólo quedaría el breve período que va desde Acab y Josafat a la caída de Jerusalén, el Génesis y el tiempo de la restauración; pero estos períodos no pueden ensamblarse como historia seguida, tal como establece la «*Institutio*» y exige la pedagogía de la Historia Santa, sino que sería necesario entrecruzar los períodos históricos de un año con los del siguiente dando por resultado un conjunto poco claro y poco apto para la contemplación.

3) *También resultaría difícil incluir los profetas en el periodo histórico en el que ejercieron su misión*³⁶ pues en el actual ciclo anual

35 Cf. «*Institutio*» n. 152.

36 Id.

aparecen profetas de antes y de después del exilio. Lo mismo cabe decir de la imposibilidad de leer los escritos apostólicos según su orden cronológico³⁷, pues los que figuran en el ciclo anual pertenecen a todas las épocas y por ello en el segundo año habrá que proceder también de manera semejante, siendo por ello imposible presentar las cartas en aquel orden que facilita ir descubriendo el progreso de la Revelación.

4) *Tampoco será posible ofrecer para todos los tiempos fuertes los libros más aptos para el período litúrgico concreto*³⁸. El principio está presente sin duda en el actual ciclo anual (Historia del Exodo en Cuaresma, Apocalipsis en Pascua, etc.); pero, en cambio, será difícil —imposible— preveer lecturas apropiadas para el año II para el cual sólo se dispondrían de los fragmentos que «sobran» de la actual distribución. Pongamos un solo ejemplo: ¿Qué lectura se hará en la Cuaresma del año II? La «Institutio» prevee el Dt (meditación sobre el Exodo en ambiente de «conversión»), pero este libro figura ya (aunque muy abreviado) en el tiempo ordinario del ciclo anual. Será difícil encontrar un escrito que sea tradicional y expresivo para la Cuaresma como quiere la «Institutio». Incluso representará una dificultad encontrar un libro suficientemente largo para la Cuaresma. De los escritos no leídos en el ciclo anual quizá sólo quedan: Gn. y Rm., pero ninguno de ellos se adapta bien a Cuaresma. ¿Qué sentido tendría una Cuaresma *que terminara* con la entrada en Egipto, el país de la esclavitud? A esta dificultad no puede responderse diciendo que el Génesis se leyó antiguamente al empezar el tiempo de preparación a Pascua pues lo que leía no era precisamente el Génesis sino el Pentateuco íntegro que termina con la *libertad* de Canaán mientras que el Génesis acaba con la *esclavitud* del Faraón.

EL LECCIONARIO BIBLICO BIENAL ¿EXIGE LA PRESENCIA DE UN LECCIONARIO PATRISTICO TAMBIEN BIENAL?

Una dificultad que puede aducirse en contra del Leccionario bienal es que en el mismo no se da correspondencia entre la Escritura y la lectura patristica. El problema se suscitó ya cuando se preparaba el Leccionario pero abiertamente se afirmó que la difícil concordancia entre ambas lecturas no debía condicionar el aspecto mucho más im-

³⁷ Id.

³⁸ Cf. «Institutio» n. 143.

portante de la lectura íntegra de la Escritura³⁹. Para obviar esta dificultad el Leccionario alemán optó por proponer una lectura patrística también bienal en la que se da, en ambos ciclos, una frecuente interrelación entre las dos lecturas del oficio; lo propio ha hecho el Leccionario de los benedictinos italianos. En la edición latino-americana, en cambio, el Leccionario bíblico es bienal, el patrístico anual.

A este respecto hay que decir que la interrelación no debe subrayarse en demasía. Es cierto que se da algunas veces, pero no siempre ni tan solo con frecuencia. Además hay que subrayar que los escritos patrísticos han de estar al servicio de la Escritura y no al revés y que la «tematización» exagerada puede constituir incluso un peligro pues los textos leídos en una ambientación demasiado «temática» corren el riesgo de verse únicamente bajo uno sólo de sus aspectos que a veces resulta incluso ser el más pobre y el más alejado de su sentido literal. ¿No tenemos ya la experiencia del poco valor que tienen las lecturas veterotestamentarias de los domingos del tiempo ordinario precisamente porque buscan un tema que concuerde con el Evangelio? Para poner un ejemplo tomado del Oficio diríamos que el precioso sermón de San Agustín sobre los pastores leído junto a Ezequiel tiende limitar el sentido más pleno de esta lectura profética que, en su contexto de historia de la salvación tiene un sentido mucho más amplio que el de las actitudes de los pastores de la Iglesia. ¿Perdería este sermón algo de su significado si se leyera independientemente y no a manera de glosa de Ezequiel? Los escritos de los Padres, por otra parte, están muy lejos de ser una exégesis u homilía en el sentido moderno de la palabra; si se leen como comentario a la lectura bíblica muchas veces son incluso decepcionantes. Los Padres comentan la Escritura más a través de su doctrina general que como explicación de lecturas concretas, por lo menos habitualmente. A ello hay que añadir que con mucha frecuencia en la Liturgia de las Horas la Lectura bíblica corresponde a la feria, la patrística, en cambio, a la memoria de un santo; por ello, aunque en el Leccionario se diera una frecuente relación entre ambas lecturas, esta relación quedaría muchas veces sin efecto. ¿No sería mucho más interesante dar realce a la posibilidad que ofrece la «Institutio» de leer algunas obras patrísticas en lectura continua o semicontinua? ⁴⁰ Todos estos puntos hay que recordarlos en el momento de ver hasta qué punto la lectura patrística debe condicionar la lectura plena de la Escritura.

39 XII Sesión plenaria de la Comisión especial para terminar la restauración litúrgica (Cf. «Notitiae» V [1969] p. 438).

40 Cf. «Institutio» n. 250.

CONCLUSION

Llegados al término de nuestras reflexiones quisiéramos resumir en unos pocos puntos cuanto hasta aquí hemos venido diciendo; estos puntos los sintetizaríamos de la siguiente manera: 1) El Leccionario bienal es una obra muy madura y de un gran valor bíblico-litúrgico; 2) Jurídicamente ha sido promulgado por Pablo VI en la «Institutio» de la Liturgia de las Horas y confirmado repetidamente por la Congregación de los Sacramentos y el Culto Divino; 3) Remplazarlo por otro esquema sin previas consultas representaría un grave desprecio de las aportaciones hechas por numerosos obispos consultados e incluso por el episcopado universal; 4) También significaría una infravaloración del trabajo de los peritos que discutieron ampliamente cada uno de los puntos durante siete años; 5) El valor intrínseco del Leccionario va mucho más allá de la simple integridad material de una lectura completa de toda la Biblia; 6) El actual ciclo anual no puede servir como uno de los dos ciclos porque sus criterios son muy distintos de los del ciclo bienal y no puede tampoco compaginarse con el Leccionario ferial de la misa. 7) En caso de planear una nueva distribución de lecturas sería necesaria una nueva consulta al episcopado y a los peritos, establecer un nuevo calendario de reuniones, derogar parte de la «Institutio» y promulgar la justificación de los nuevos esquemas; 8) Un nuevo Leccionario del Oficio exigiría también una nueva distribución de lecturas en las misas feriales pues el Leccionario de la misa y del Oficio son correlativos; 9) Es posible un perfeccionamiento de los detalles del actualmente descrito en la «Institutio»; 10) Provisionalmente podría pensarse en un «Ordo lectionum» que incluyera las partes no presentes en el ciclo anual para quienes sólo disponen del Leccionario impreso en el cuerpo de la Liturgia de las Horas; pero ni este Leccionario ni el ciclo anual deberían, con todo, figurar en las nuevas ediciones pues su valor resultaría evidentemente inferior al del bienal promulgado.

PEDRO FARNÉS
Facultad de Teología
(Barcelona)